

REPORTAJES SENSACIONALES

UN RELOJ QUE SE PARA EL DÍA 13
DE TODOS LOS MESES

Casilda Vela, la exquisita y aplaudida maquetista-cancionista, es una de las mujeres más interesantes que hemos conocido.

Dotada de una atrayente simpatía personal, la gentil artista ha tenido enormes triunfos en su arte y victorias de belleza y gracia.

Empezo su vida escénica cultivando el género de zarzuela, en el que fué una notabilísima tiple cómica; pero su espíritu inquieto y sus ansias de independencia la lanzaron al mundo de las *variétés*.

Hace dos años actuaba en uno de los principales teatros de la corte, donde todas las noches escuchaba ovaciones inacabables.

Pedro Moro, que tenía por entonces en Madrid unos importantes negocios, obsequió a Casilda Vela, para celebrar el triunfo de su despedida, con un espléndido y fastuoso banquete, al que asistieron altos prestigios cortesianos.

Pero Moro, enamorado de la gentil artista, de los pícaros ojos de la graciosa Casilda, tuvo la genialidad de hacer público su amor al finalizar el banquete, en un brindis elocuente y ardoroso, en el que había no poca emoción.

Y Casilda Vela, madrileña de rompe y rasga, no tuvo reparo alguno en rechazar ese amor, también públicamente, en otro brindis lleno de elocuencia, que fué muy aplaudido por los comensales, y que dejó a Pedro Moro un poco desconcertado.

—¿Por qué me rechaza usted con tan ruda franqueza?—la preguntó Pedro Moro.

—Porque mi independencia es salvaje—le contestó la artista, que jamás quiso doblegar su voluntad.

El aventurero la dijo su amor en todos los tonos.

—Yo, si usted lo quiere, cambiaré radicalmente mi vida por una sonrisa de usted. Marcharemos por el mundo

en una eterna jornada de amor. Desde las estepas nevadas y llenas de poesía de Rusia, la misteriosa, hasta los desiertos africanos, donde el sol riela en las arenas su caricia de fuego. Desde las montañas caucásicas hasta las riberas del Nilo. De las extrañas y rientes calles japonesas a los pueblos noruegos, donde las mujeres encienden el fuego sagrado en espera del amado. Donde usted quiera, yo iré a rendirla mi amor.

Y la artista, en su decisión firme de libertad plena, rechazó todas las palabras del aventurero.

Pedro Moro, vencido, acarició, por consolarse, la esperanza de que su recuerdo ahondase alguna vez en el alma de la desdeñosa.

—Si algún día—dijo a la artista—un desengaño de amor viniera a amargar vuestra vida, acordaos de mí, que os recordaré siempre. Y para que el recuerdo mío no se os olvide, aceptad este reloj.

Y la entregó un reloj de pulsera, cincelado primorosamente y adornado con unas piedras raras, que los coleccionistas de gemas buscan ávidamente sin poder encontrar mas que contados ejemplares.

—Este reloj—dijo Pedro Moro—se parará durante una hora el día 13 de cada mes.

Casilda Vela preguntó intrigada:

—¿Cómo es eso?

—Una historia de amor. Cuando yo vivía en Nueva York, la hija de un millonario se enamoró de mí. Yo no podía quererla. Y ella, estúpidamente, un día 13 se inyectó una formidable cantidad de morfina.

Antes de morir me envió este reloj, advirtiéndome en una carta que por virtud de las artes brujas de un artifice judío, el reloj pararía su marcha durante una hora, aquella en que ella iba a morir, todos los días 13. Y así ha sido hasta ahora. Acepte usted este reloj que la recordará mi amor,

como a mí me ha recordado el que me tuvo la infeliz neoyorkina.

Y desde entonces, Casilda Vela, la admirable maquetista-cancionista, que actúa en el Victoria Eugenia, lleva el extraño reloj que le regaló Pedro Moro. A las siete de la tarde, y durante una hora, detiene su marcha el día 13 de todos los meses del año.

Y entonces, Casilda, la gentil madrileña, se acuerda de Pedro Moro.

Pero luego el recuerdo se borra y la artista, libre de toda preocupación, sigue su feliz camino de triunfos, gozando de esa salvaje independencia, que ella ama tanto.

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD.

Prohibida la reproducción.

MOTIVO MUSICAL

Entretenimientos concejiles

El tiempo que les sobra en sus ingratas tareas municipales, lo emplean nuestros ediles en esparcimientos que no pongan en juego sus facultades administrativas ni gubernamentales.

De motivo recreable solamente podemos calificar el acuerdo tomado en la última sesión, sobre asistencia de la Banda de música a las corridas de toros.

Son oportunos como ellos solos nuestros simpáticos representantes en el Palacio del Altozano. La gente que presencié su «arrogante» actitud en un problema de tanta transcendencia lo reconocía con rara unanimidad. Y, como es natural, los elogios recaían sobre el patrocinador de la gran idea: esa figura prestigiosa de la minoría liberal-conservadora, pródiga siempre en elocuencias retumbantes y clarivisiones salvadoras.

¿Qué habrán hecho los músicos para merecer tal dureza?—se preguntaban todos.

Y, puesto que nadie ignora que los conciertos pueden darse al terminar las corridas, como es costumbre, que los músicos ganan unas pesetas que no hay derecho a arrebatarles, que se animan las calles con los pasodobles del recorrido y que gran parte del público va a los toros, la sorpresa nos dejó atónitos.

¿Por qué será?